

Metodología y organización

Características generales del trabajo en las escuelas unitarias

Por ANTONIO J. ONIEVA

¿Es que existe diferencia sustancial entre el modo de trabajar en la escuela unitaria y en la graduada?

Sustancial no, ni por parte del maestro ni del discípulo. En ambos tipos de escuela se trata de poner al muchacho en condiciones de aprovechar sus disposiciones personales para, sirviéndose a sí mismo, servir a la comunidad de que forma parte. En cambio, varía en cuanto a su forma de prestación. Porque en la escuela, el trabajo tiene dos vertientes: el del maestro aplicándolo al discípulo, y el de éste cuando despliega la totalidad de sus disposiciones en provecho propio.

El trabajo del niño implica destreza, pero no es la destreza misma. El trabajo, aun el material, trasciende del mero adiestramiento para penetrar el área de la formación interior.

La destreza no es la manualidad, aun llevada a una relativa perfección: es la respuesta a un mandato cerebral.

Si la mentalidad no interviene, el hombre no es sino una máquina entre otras máquinas.

El trabajo escolar, pues, se resume en la actividad útil mediante la cual el muchacho activa sus potencias. Pero es también el resultado del aprendizaje de dicha actividad, o sea, el rendimiento, útil también. Trabajo que no activa el potencial humano, psíquico y corporal, es como piedra de molino que gira en el vacío. Trabajo que no rinde un resultado efectivo, es como pluma que escribe en el agua.

* * *

En lo referente al trabajo escolar, especialmente en su forma de aplicación, la superioridad de la escuela graduada sobre la unitaria es evidente.

El trabajo como actividad interior ha de ser

cosa del discípulo, que requiere el concurso de su voluntad libre. Trabajo forzado es función de galeote: en él no se ponen inteligencia ni gusto.

El trabajo en la Escuela graduada es más verdadero que en la unitaria. ¿Cómo puede ser eso, si el trabajo es actividad del discípulo? En efecto, pero es porque el trabajo pasa por dos fases:

- a) Trabajo dirigido.
- b) Trabajo autónomo.

La primera fase es la propia de la Escuela graduada; la segunda lo es de la unitaria, si bien con esta nota: que antes ha tenido que pasar por la primera fase.

Fácilmente se comprende que nos referimos a las Escuelas graduadas... de veras; con todo el rigor que una buena graduación exige. En éstas la diferencia de niveles mentales y culturales debe ser apenas apreciable: el trabajo debe ser, pues, dirigido por el maestro que, en último límite de perfección, equivaldría a trabajar con un solo niño. Ya se sabe que la realidad es muy otra; pero aun así y todo, la índole de los escolares permite la dirección del trabajo en toda la sección.

¿Qué ocurre, por contraste, en la Escuela unitaria? Que el maestro tiene que recorrer las dos fases, y organizar la segunda de tal manera que el máximo esfuerzo del niño sea útil. ¿Del niño? Sí, porque ya el del maestro se ha desplegado en toda su amplitud.

He aquí los momentos del trabajo en el binomio maestro-discípulo hasta lograr la realización última:

- 1.º Enseñar a trabajar.
- 2.º Vigilancia directa del niño que trabaja.
- 3.º Vigilancia indirecta.
- 4.º Dejación del niño a sus solas fuerzas.
- 5.º Autocontrol del mismo niño trabajador.

Obligar a trabajar es fácil, pero ya no tanto enseñar a trabajar. Esto último requiere el siguiente proceso:

a) **Enseñar a discurrir, ya que discurrir es la primera forma del trabajo. Ejemplo: el niño lee, o sea, reproduce la letra impresa y ya no se preocupa de más, porque en la mera reproducción de lo escrito centra su total actividad. Para él, leer no es más que eso. ¿Qué hay que hacer? Acostumbrarle a discurrir sobre lo leído, a criticar los conceptos, a valorarlos, a extraer consecuencias de todo orden. ¿Está todo? No, hay que asimilar lo sustancial extrayéndolo de lo secundario, como el jardinero sabe distinguir una flor fecunda entre el cortejo de las inanes. Así se forma la sagacidad del lector. ¿Está todo? No todavía. Es preciso identificar el pensamiento del lector con lo leído, a fin de que sepa continuarlo cuando la lectura queda interrumpida. Así se forma el espíritu de creación. ¿Queda algo? Sí, el examen de lo puramente formal: la propiedad de las palabras, la riqueza o pobreza de vocablos y la mayor o menor belleza del estilo. Así se forma la facilidad de exposición.**

Viene ahora el segundo término del proceso: la vigilancia directa del niño que trabaja. El niño está orientado en el camino del discurso, que ahora va a aplicar a las distintas tareas escolares: resolver problemas, trazar el curso de un río, aprender un hecho histórico o formar una pajarita de papel. Todo ello lo hace con la ayuda del maestro, que le enseñará a ordenar la materia del aprendizaje, haciéndole pasar, como es natural, de lo sencillo a lo complicado. El niño es, de suyo, finalista y propende al salto, aunque sea en el vacío. El maestro estará a su lado a fin de enseñarle que para subir al 2 es preciso apoyarse en el 1. Luego de esta ayuda, se limitará a la vigilancia directa, dejándole trabajar libremente, aunque bajo su mirada atenta para encauzarlo ante cualquier posible desviación.

El nuevo término del proceso es la vigilancia indirecta, algo así como el maestro-fantasma, que no se hace visible, aunque está en todo. Tal niño resuelve un problema en el encerado mientras el maestro trabaja con otros niños. Ha dejado a aquél abandonado a sus propias fuerzas, pero no es abandono absoluto: es prepararlo para el trabajo autónomo. El maestro sólo interviene cuando es obligado hacerlo.

El cuarto término es esencial, porque equivale al resultado de los tres anteriores. Organizado el

trabajo autónomo, puede ya el maestro dominar toda la clase, porque mientras trabaja con una de las tres secciones, las otras dos desempeñan su trabajo autónomamente, sea dibujar o doblar papel en la primera sección, sea escribir frases cortas en la segunda, sea trazar un mapa en la tercera. Lo esencial es que todo el mundo trabaja a la vez: niños y maestro.

Mientras en una Escuela unitaria no se consiga llegar al trabajo autónomo, andará un poco (¡o un mucho!) a la deriva. Pues el trabajo autónomo es el que ejecuta el niño por sí mismo, fase a la que habrá llegado después de los procesos anteriores. Con estas dos enormes ventajas: que la clase está ordenada y bien regida y que el niño se auto-educar, preparándose, ¡como nunca!, para formar su personalidad y saber moverse en la sociedad a que más tarde habrá de incorporarse. Pues el trabajo autónomo se perfecciona con el autocontrol, es decir, llegado al final sin más juicio que el suyo propio: el del niño. Esta es la suprema conquista en la organización del trabajo autónomo.

* * *

Imaginemos una Escuela unitaria, regida por un solo maestro, sin la organización del citado trabajo. Esta Escuela tendrá, como es natural, graduada la enseñanza en tres secciones. ¿Atenderá el maestro a las tres a la vez? Imposible. Puede, sí, reunir a todos los niños en un solo corro, y muchas veces lo hará, si la clase no es muy numerosa, preguntando a unos y a otros según sus respectivas mentalidades. Pero, en puridad, las tres secciones resultarán sacrificadas.

Entonces resuelve formar las tres secciones separadas, y como no puede estar en las tres a la vez, y piensa que mientras atiende a una no pueden quedar las otras dos abandonadas, las entrega a niños instructores.

¿Es solución? No, porque no hay solución si no es acertada, y los niños instructores han dado siempre malísimo resultado. Tal vez sólo persiga que conserven el orden; pero ¿de qué sirve el orden cuando no se trabaja? Puede ser que requiera a los niños instructores para que "tomen la lección". ¿Y qué? ¿Cuándo y con quién han aprendido los niños esa lección? Ahora bien: lo que nunca se le ocurrirá a ese maestro es que esos niños instruyan. El oficio de maestro es difícil, y nunca acabamos de aprenderlo. ¿Cómo van a saberlo los niños? Si para enseñar lo fácil

hay que saber lo difícil, ¿qué harán esos pobres muchachos, que, cabalmente, vienen a la Escuela a aprender?

Única solución pedagógica: la organización del trabajo autónomo, con toda la preparación a que antes hemos aludido. Preparación de los niños hasta ahora, pero ahora será preparación del maestro. Pues la instauración del trabajo autónomo es penosa para éste, si bien, una vez instaurado, le resarcirá con creces del tiempo y del esfuerzo empleados.

Aspiramos a una clase sin gritería; todo lo más a un rumor de colmena trabajadora. Hay que trabajar desde el primer momento. El maestro habrá preparado con antelación las lecciones del día y la tarea exigible a los niños. Terminadas las oraciones y las consideraciones previas, reparte tarea a las secciones segunda y tercera, y seguidamente toma bajo sus manos la primera. Los niños de ésta reciben la enseñanza directa; los otros realizan en silencio su trabajo autónomo. Nadie estorba a nadie. Cuando ha terminado su lección con los niños de la primera, les deja trabajo autónomo—sea trazar letras, sea dibujar, sea componer pajaritas de papel—y torna a los niños de la segunda para comprobar el trabajo

que han realizado y proseguir la lección correspondiente. Una vez que ha terminado con éstos les fija el nuevo trabajo que han de ejecutar—sea hacer el resumen de lo explicado, sea resolver problemas—y toma a los niños de la tercera para hacer lo que con los de la segunda.

Terminada esta primera parte de la sesión, los niños salen al recreo.

Reanudada la clase, tendrá preparado el trabajo autónomo de dos secciones, y así sucesivamente.

¿Qué hemos conseguido? Que toda la escuela trabaje simultáneamente. Y otra cosa no menos fundamental: mantener la disciplina mediante el trabajo escolar, supuesto que lo peor que a un escolar le puede ocurrir es no saber qué hacer.

Repito que, al principio, la tarea es fatigosa para el maestro, si bien una vez sumergidos niños y maestros en este ambiente de recíproca actividad, la marcha es tan llevadera como fecunda.

Todo ello requiere un estudiado plan en que se concierten tiempo, disciplinas escolares y trabajo. Si el maestro acierta a trazarlo y lo sigue, bendicirá la Escuela unitaria que le haya cabido en suerte.

LA DISTRIBUCION DEL TIEMPO Y EL TRABAJO EN LAS ESCUELAS DE MAESTRO UNICO

Salvo algún "libertario" rezagado, nadie discute ya la necesidad de que las escuelas cuenten con un horario que guíe su labor, señalando la sucesión de sus tareas. No siempre es loable una división tan minuciosa que descienda a marcar los minutos de cada actividad, sobre todo si se intenta seguir esta pauta de un modo rígido e inflexible. Pero el horario, bien meditado en su estructura y obedecido de un modo humano, es auxiliar imprescindible en toda escuela, a tal punto que las que no lo tienen puede afirmarse que presentan, al menos, esta deficiencia, aun en el caso improbable de que sea loable todo el resto.

El C. E. D. O. D. E. P. piensa ensayar diversas modalidades de organización del trabajo escolar en un futuro próximo; pero convenía premiar el esfuerzo, en ocasiones ingente, de los profesionales de la enseñanza primaria que habían resuelto con especial brillantez las enormes dificultades que supone la confección de los Horarios en las escuelas completas de maestro único, las más numerosas en nuestro sistema escolar.

A este propósito obedeció el concurso nacional convocado por Resolución de la Dirección General de Enseñanza Primaria de 12 de mayo de 1959, que reproducimos en el número 3 de VIDA ESCOLAR, resuelto por disposición de la misma Autoridad con fecha 17 de agosto ("B. O. del Estado" del 25).

Insertamos a continuación los Cuadros de distribución del Tiempo y el Trabajo premiados en dicho concurso, con las explicaciones pertinentes. Al hacerlos públicos, enviamos a sus autores nuestra más efusiva felicitación, y deseamos que nuestros lectores los estudien con detenimiento para tomar de ellos los extremos que convengan a las circunstancias específicas de sus escuelas.

VIDA ESCOLAR se honra así sirviendo de vehículo a cuyo través lleguen a todos los maestros los resultados del esfuerzo de los demás. Jalón importante éste en el logro de una comunidad de trabajo, impulsada por un ansia de perfeccionamiento constante.